

la duquesa du Maine. El número de los conspiradores era considerable: hubo en ese negocio ciento cuarenta y ocho acusados: veinte fueron sentenciados á muerte: cuatro perecieron en el cadalso y los diez y seis restantes fueron ejecutados en efigie. Muchos de los que no salieron condenados á la última pena, expiaron en la Bastilla los enfados y las inquietudes que el complot habia causado al regente. Sin embargo, el cautiverio no fué cruel: los placeres de la mesa les eran permitidos, y el amor no carecía de atractivos, no obstante los cerrojos. Todos los presos por el motivo espresado recibían visitas, y habia, ya en un cuarto, ya en otro, cenas que solían durar hasta el amanecer, lo que dió lugar á que un dia, al llegar el superintendente de policía d'Argenson muy de mañana, para interrogar al abate Brigault, que era uno de los conspiradores, lo encontrara sentado á la mesa en compañía de una seductora jóven, que habia ido á consolarlo, del caballero Dumesnil y de la señorita de Launay, querida de éste, presa como él y por la misma causa.

—Cómo, señor abate,—esclamó d'Argenson, viendo los restos de un capon asado,—carne en viérnes!

—Verdad es que hoy es viérnes,—respondió el abate;—pero os juro que nos comimos el capon ántes de las doce de la noche.

—Segun eso, la habeis pasado en la mesa.

—Qué quereis? El cautiverio es cosa tan pesada, que debe ser permitido alegrarlo un poco.

—El cautiverio es horrible!—agregó el caballero, que acababa de pararse, y que casi no podia tenerse en pié.

—En efecto, caballero,—replicó el superintendente de policía,—parece que sufrís cruelmente.

El abate, que habia contestado con bastante serenidad, estaba sin embargo extraordinariamente *commovido*: la señorita de Launay no ménos, y la linda visita se tapaba con su pañuelo el rostro, que tenia muy encendido, aunque por causa bien diversa del pudor ó la timidez. D'Argenson advirtió que era necesario diferir el interrogatorio para otro dia, y se retiró, invitando á los presos á no cenar en lo sucesivo tan de mañana. Pocas horas despues contaba la aventura al regente, que se parecia de risa.

Es palpable que la Bastilla no era ya la del gran rey, si bien el cautiverio, en la época á que hemos llegado, no era igualmente suave para todos los presos, habiendo aún víctimas que pasaban su vida en la agonía de la desesperacion. Citaremos entre ellas á un estudiante de la Universidad de Paris, aprehendido y encerrado en la Bastilla en Marzo de 1727, y que no salió hasta en 1774, despues de la muerte de Luis XV. Cerca de cuarenta y ocho años pasó en la *cachucha* de una de las torres, sin llegar á saber el motivo de su detencion. Lo mismo que el desventurado Armet, cuya historia hemos referido, se encontró con que sus padres habian muerto y sus bienes pasado á otras manos; y tambien como

Armet solicitó volver á su prision á fin de no morir de hambre: pero le fué denegado este favor.

Habia tambien de cuando en cuando refinamiento de crueldad, y entónces todo el personal de los carceleros, llaveros, &c., desplegaba un rigor escesivo. Ay del que se compadecia de los presos! en el acto se le aplicaban los mas severos castigos, como sucedió con un tal Ramon Fournier, cirujano-boticario de la Bastilla, á quien se metió en un calabozo, en el que permaneció tres meses, *por haber manifestado* (segun el registro de entradas) *demasiada humanidad en favor de los presos.*

Pero nos acercamos ya al periodo en que la Bastilla debia volver á su estado normal, es decir, á convertirse de nuevo en un infierno, en el que las lágrimas y la sangre iban á correr sobre sus losas, ó á perderse en el fango de sus calabozos. Hagamos alto y respirémos.

XII.

Los tembloros.—Latude en casa de Mad. de Pompadour.—Latude en la Bastilla.—Evasion de Latude y de Alègre.

Apénas entró Luis XV en su mayor edad, cuando poblaron la Bastilla presos de nueva especie, ó sea locos religiosos, asaz inofensivos, á quienes se hubiera debido meter en hospitales de dementes, y cuya enfermedad se aumentó con la persecucion. Hé aquí en compendio la historia de esas pobres gentes, que hubieran debido inspirar mas compasion que cólera.

En 1727 murió en Paris, en la calle de los Borgoñones, un diácono llamado Páris, que pasaba por santo entre los jansenistas. Era el hijo mayor de un consejero del parlamento de la capital, y su austera devocion era conocida de todos. Habia pasado diez años enteros sin comulgar, no considerándose bastante digno de recibir á su Dios, y por el propio motivo habia esquivado el orden sacerdotal. Se confesó y comulgó la víspera de su muerte, acaecida el 1.º de Mayo, á los treinta y seis años diez meses de su edad.

El siguiente dia 2 invadió su casa un sinnúmero de devotos, que tenían el mas decidido empeño en poseer algo que hubiera tocado el cadáver de aquel bien-

aventurado. Se disputaba una mecha de sus cabellos, y se ponian en contacto con su cuerpo rosarios, estampas, pañuelos, &c.

Al llevar el 3 el cadáver á la iglesia de San Medardo, una vieja, que afirmaba llevar mas de veinte años de estar privada del uso de un brazo, se acercó al ataúd, y apenas tocó este el miembro paralizado, recobró todo su vigor. No cabia ya duda en que París era un santo, y santo que hacia milagros. Desde aquel dia no se vaciaba un solo momento el cementerio de San Medardo, donde se habia sepultado al diácono. Varias solteronas, que seguramente padecian de histérico, fueron acometidas de violentas convulsiones al contacto de la tierra que cubria el cuerpo del santo: el mal se hizo contagioso, y el número de los tembloros no tardó en ser escesivo, habiéndolos de todo sexo y edad, aunque siempre dominaban las solteras, entre las cuales no faltaban quienes se dejaban pisotear el vientre, despedazar los pechos con tenazas, sumir clavos gruesos en todas las partes del cuerpo, y hasta crucificar. Miéntras sufrían estos crueles tormentos, reían, entonaban cánticos y proferían gritos de júbilo, todo para probar que Mr. París era santo. ¡Qué locura tan ridícula es el fanatismo!

Los miserables que consentían en aplicar esas torturas á las pobres locas, se llamaban *auxiliares*, porque las de las convulsiones pretendían que, léjos de causarles el menor dolor con ese trato, les proporcionaban un delicioso placer.

Deseosa la autoridad de poner término á esos desórdenes, cerró el cementerio, y un chistoso escribió sobre la puerta:

“Yo el rey, prohibí

“Hacer milagros aquí.”

Pero en vez de disminuir el número de los tembloros, aumentó prodigiosamente; y entónces se les metió por mayor en la Bastilla, donde se les trató con sumo rigor, prodigándose los castigos de las cadenas, de los collares de fierro del peso de sesenta libras cada uno, de los tormentos de toda especie. Muchos se volvieron locos furiosos: varios se estrellaron la cabeza contra las paredes.

Las prisiones se hacían en masa. Cuando se sospechaba que en una casa habia tembloros, se echaba garra á cuantos la habitaban, incluso los niños: en los registros de entrada se encuentra el nombre de una chiquita de siete años, llamada Saint-Perè. Preguntada si padecía de convulsiones, contestó que sí, sin saber lo que decía. Pasó un año en la Bastilla, al cabo del cual se le puso en libertad, sin inquietarse por su paradero. Jamas la estupidez se habia mostrado mas cruel: el jansenismo llegó á ser un crimen digno del último suplicio: el acusado de haberlo cometido era secuestrado de la sociedad, y se contaba así con un medio cómodo de desembarazarse de un enemigo, de un indiscreto, de un marido zeloso, de un padre que no moría bastante pronto. Solo Dios sabe cuántos miserables pusieron en juego ese arbitrio!

La Bastilla estaba repleta de nuevo, pues no solamente á los tembloros se les encerraba allí á montones, sino que también se encarcelaba sin compasión ni mi-

sericordia á los historiadores, á los poetas, á los impresores, á los librerros que cantaban, escribían, imprimían, vendían cosas distintas de las alabanzas del rey, de las cortesanas sin vergüenza que componían su harem, de los ministros que arruinaban al país, de los jesuitas que querían doblegarlo bajo su yugo. Si no habían hablado mal mas que del rey, podían esperar que su cautiverio tuviera fin; pero si habían desagradado á las queridas del monarca, debían contar con morir en la cárcel. Por eso fué que la Beaumelle, jóven escritor de mucho talento, encerrado en la Bastilla por haber refutado los elogios prodigados al rey por Voltaire en su *Historia del siglo de Luis XIV*, no duró preso mas que seis meses; y habiendo publicado despues una historia de Mad. de Maintenon, que ofendió á la marquesa de Pompadour, fué por segunda vez emparedado, y no recobró la libertad hasta despues del fallecimiento de esta implacable prostituta.

De las numerosas víctimas de la marquesa, ninguna es mas interesante que el caballero Enrique Mazers de Latude, que expió con treinta y cinco años de torturas una travesura, ó mas bien una tontera, que apenas merecía una corrección escolar.

Latude habia nacido cerca de Montagnac en Languedoc, en una tierra perteneciente al marqués de Latude, su padre, buen gentil-hombre, caballero de S. Luis, que habia sido teniente coronel del regimiento de dragones de Orleans. Su hijo recibió una buena educacion, y mostró en especial grande aptitud para las matemáticas. Despues de trabajar algun tiempo á las órdenes de un ingeniero en gefe en Berg-op-Zoom, pasó Latude á Paris, á la edad de veintitres años, para acabar el estudio de las matemáticas.

Poco tardó el jóven, que conocía su propio mérito, en indignarse de no ser nada, en no tener abierta carrera alguna, en la que pudiera esperar subir al primer puesto. Entónces le ocurrió escribir al rey: luego pensó en la marquesa de Pompadour, mas poderosa que su real amante. Latude se lisongeaba de que con semejante protectora le seria fácil superar todos los obstáculos, obtener los primeros empleos. Inflamada su imaginacion con tal perspectiva, resolvió adquirir á toda costa una proteccion tan poderosa, y dijo para sus adentros: “La marquesa está generalmente detestada; pero evitando la ecsageracion de las pasiones, puede ser que valga mas que su reputacion, y aún cuando así no fuera, precisamente porque tiene pocos amigos, debe inclinarse á recompensar magníficamente á los que la sirvan: así es que si se le revelara, por ejemplo, algun tenebroso complot contra su poder ó contra su vida, se sacaría mucho provecho. “Yo no entiendo de complots; mas no es difícil inventar uno.”

Latude reflexiona algunos instantes, y encuentra lo que buscaba. Envuelve en un paquete diversos polvos muy benignos, tales como tabaco de España, alun calcinado, cal, &c. Atado y sellado cuidadosamente el papel, escribió con su letra mas gallarda el nombre de la marquesa de Pompadour, echó el paquete en el correo, y corriendo sin tardanza á Versailles, se presenta en casa de la querida

del rey, é insiste en hablarle en el acto, diciendo que va á salvarle la vida. Este era el mejor de los pasaportes: Latude penetra al aposento de la marquesa, á la que dice con una emocion no fingida, porque le palpitaba fuertemente el corazón:

—Señora, Dios me ha escogido para salvaros, lo que le agradezco en el alma!
—¿Me amenaza acaso algun peligro?—preguntó la marquesa.



—Peligro espantoso, señora. Escuchadme: paseándome esta mañana en el jardín de las Tullerías, me senté debajo de unos árboles detras de dos hombres que no podian verme, y cuya conversacion parecia muy acalorada. Ya supon-dréis que no era mi intencion sorprender sus secretos; pero oí casi á pesar mio lo que platicaban.—No,—decia uno de los interlocutores con rabia,—no dejaré á otro el mérito de reducirla á la nada.—Pero estás seguro del écsito?—le preguntó el segundo.—Mira, este paquete es para ella: voy á echarlo al correo, y en el acto de abrirlo morirá esa infame marquesa.... Perdonadme, señora, pues no hago mas que repetir las palabras de aquellos miserables. Cuando se pararon

seguí al que llevaba el paquete, y se lo ví echar en la estafeta. Sin duda lo recibiréis esta noche: no lo abrais, en nombre de Dios!

La marquesa estaba de lo mas conmovida: habia hecho sentar al jóven en un sillón, cerca de una mesa, y despues de haberlo oido, se levantó, y acercándose á Latude, le presentó una bolsa llena de oro.

—Señora,—dijo el caballero, desechando suavemente el dinero que se le ofrecia,—yo soy hijo del marques de Latude, gentil-hombre de buena raza, y caballero de San Luis, y por consiguiente no puedo abrir la mano para recibir una recompensa de esta clase; pero mi corazón sabe ser agradecido, y si la señora marquesa se digna servir de apoyo á mi juventud, jamas tendrá servidor mas fiel ni mas adicto que yo.

Las mugeres, sean lo que fueren, tienen siempre mil veces mas astucia de la que les suponemos. Apénas oyó la marquesa estas palabras, cuando sospechó el fraude.

—Siempre estaré pronta á serviros, caballero,—le respondió:—dejadme las señas de vuestra casa, para que sepa donde vivís.

El pobre estudiante cayó en el garlito: cojió una pluma, escribió las señas de su casa con letras grandes y hermosas, y manifestando luego el temor de ser importuno, se despidió de la bella dama, y se retiró plenamente satisfecho de la destreza que habia desplegado y del feliz écsito de su bien calculada empresa.

La marquesa por su parte esperaba con impaciencia el paquete que se le habia anunciado de una manera tan rara, el cual llegó al fin. La primera diligencia de Mad. de Pompadour fué comparar la letra del sobre con la del papel que le habia dejado el caballero de Latude, y una ojeada le bastó para cerciorarse de que ambas eran de la misma mano, en razon de que el jóven, al cometer tan grave delito, ni siquiera habia pensado en disfrazar su letra. La marquesa mandó en seguida abrir el paquete, analizar los polvos que contenia, y adquirió la certeza de que todo se reducía á una burla.... Ah! no, nos equivocamos: el resultado de esa burla debian ser treinta años de horribles torturas, lenta agonía de la vida de un pobre jóven, apacible, inofensivo.

Latude acababa de volver á su casa del callejon del Gallo, y fatigado del viaje que habia hecho, iba á meterse en la cama, cuando invadió de repente su habitacion una nube de agentes de policia y de soldados, que entraron á su aposento, que se apoderaron de su persona, y que lo metieron en un coche sin que supiera lo que pasaba. El carruage echa á andar y llega á la Bastilla, donde se despoja al preso de los vestidos que lleva, sin dejarle ni siquiera la camisa, y se les reemplaza con sucios andrajos, que durante dos ó tres generaciones habian servido para cubrir la desnudez de un sinnúmero de desgraciados. Tambien le quitaron á Latude dinero y alhajas, y lo encerraron en este estado en uno de los cuartos de la torre llamada de la Esquina.

Al dia siguiente se le llevó ante la cámara del consejo, en la que procedió á interrogarle Mr. Berryer, superintendente entónces de policia. El pobre jóven